

53.ª edición del concurso de relato corto *Jóvenes Talentos de Coca-Cola*

ANDREA PÉREZ FERNÁNDEZ (ESO 2º A)

Las luces empezaban a atenuarse, el vapor debido al contraste de temperatura exterior, salía a través del maletero. El crepúsculo desaparecía escondiéndose a través de las esponjosas nubes para dar paso a la noche. El silencio dominaba la atmósfera. Las personas, agotadas por el cansado viaje, cerraban ya los ojos cuando las azafatas pasaban por última vez por aquel estrecho y alargado pasillo para ofrecerte una almohada y una manta que, en aquellos momentos, se agradecía tener. Las mismas azafatas nos entregaron un formulario para rellenar con nuestros datos:

Nombre: Positividad

Apellido: Raudales

Profesión: Artista

Sexo: Mujer

Punto de partida: NY

Destino: Berlín

Correo: positividadr@imaginando.com

Me acomodé apoyándome contra la pared del avión, dejando la ventanilla subida: me fascina el mundo de noche y las constelaciones muchas veces aparecen en mis obras de arte. Podía acomodarme, pues a mi lado se hallaban dos asientos desocupados. El avión iba completo.

Desplegué la manta y me di cuenta de la mancha aparentemente de café en forma de corazón que había en una esquina. Sonreí al recordar a Mike. Había fallecido, había sido un golpe del que sería difícil recuperarme, pero iba a aprovechar las oportunidades que me brindaba el trabajo de tener nuevas salidas y viajar para emprender una nueva vida. Iba absorta en mis pensamientos sobre aquella nueva oportunidad...

Exhausta, entorné los ojos para poder disfrutar de la noche, cuando una presión en la vejiga me alertó de la necesidad de ir al baño. Aturdida, me levanté y caminé dando tumbos hasta el más cercano.

Abrí la diminuta puerta... Salí del aseo algo asqueada por el intenso tufo que allí reinaba. Caminando hacia mi asiento, un escalofrío recorrió todos mis miembros. Un sexto sentido me informó de que algo marchaba mal, pero a simple vista nada parecía diferente. Habría sido producto de mi imaginación... Pero a medida que pasaba más tiempo en aquel extraño lugar, más convencida estaba de que aquel avión no era el mismo de hacía tan sólo unos minutos. Confundida, me dirigí a mi sitio, pero tampoco tenía referencia con mis asientos. Miré hacia los lados asustada, tampoco recordaba esos rostros. Las personas estaban tapadas con sus mantas para no tener ningún atisbo de luz, tampoco había dejado ningún equipaje en el maletero ni debajo de mi asiento, donde sólo estaban la manta y la almohada, aparentemente intactas; pero, ¿sería eso una referencia?, ¿sería de verdad otro avión? Y, si lo era, ¿cómo había podido ocurrir semejante barbaridad? La angustia me desgarraba la garganta, que ardía bajo la presión de la fuerte respiración. Fatigada por la sola idea de aquel fantástico cambio, necesitaba descubrir si aquel avión era o no el mismo. Gotas perladas de sudor surcaban mi frente, mis pulsaciones se aceleraron y, a pesar de todo, me encontraba fría. No habían pasado dos minutos y ya estaba atravesando el avión en busca de la azafata que me había ofrecido la manta; pero, al llegar donde se encontraban, una de ellas, a la que no reconocía, salió a mi encuentro, le expliqué a gritos lo sucedido, pero se extrañó y me miró con cara de locura, dándome la espalda. ¡Cómo demonios iba a averiguar si aquel era el mismo si me trataban como si estuviese loca! “¡Pero no lo entiende! ¡No estoy en el mismo...!” Me falló la voz debido a la angustia y al nerviosismo debidos a la tensión que todo me estaba provocando.

Entonces recordé la mancha que había encontrado momentos antes. Corrí hacia mi asiento para sorpresa de la azafata y allí, encontré la manta y la ventana subida como la había dejado. Rebusqué;

pero allí no había ni rastro de café. ¡Aquel no era mi avión! Aturdida y deshecha de tanto peso como sobrellevaba, salí al pasillo. La vista se me nublaba y las ganas de llorar me invadía: no podía más; aquel sufrimiento era imposible de soportar. Un potente pinchazo en el estómago me provocaba náuseas.

Las rodillas me fallaban haciendo que me desplomase. El potente dolor de cabeza hacía que perdiera la noción del tiempo. Un ensordecedor pitido en los oídos hizo que perdiera el sentido, rayando ya la locura. Un golpe fuerte hizo que saliera de la inconsciencia: una bolsa procedente del maletero se había caído sobre mi regazo. Recordando lo pasado la noche anterior, cogí la manta con ansia y me di cuenta de que en una esquina había unamancha, aparentemente de café, en forma de corazón. Sonreí al recordar a Mike.